

IV

CÓMO EL REY PAUSOLE REGRESÓ Á SU
PALACIO Y LO QUE JUZGÓ OPORTUNO
HACER.

Sentado sobre un haz de leña y fumando mi pipa,
Tristemente acodado contra una chimenea,
Clavada en tierra la vista, y amotinada el alma,
Pienso en la crueldad de mi inhumana suerte.

SAINT-AMANT.

Delante de las gradas del pórtico, la mula Macaria se detuvo sobre sus cuatro patas temblonas, profundamente ofendida por haber sido obligada á una loca carrera que no convenía á su edad, ni á sus costumbres, ni á su carácter.

Y vieron entrar bajo las bóvedas al Rey Pausole sin corona, con el pelo enmarañado, lleno de polvo su traje talar, y con ambas manos abiertas hacia arriba.

Estornudaba. Casilloraba. Estaba indignado, hecho una lástima, sudoroso, jadeante y colorado como una remolacha.

Cada cual rehuía el darle las primeras explicaciones. Los pasillos, más desiertos que galerías de museo, conducían á habitaciones vacías.

Los soldados de guardia habían abandonado sus alabardas, y las damas de palacio sus labores. Pausole dió un puntapié á un fonógrafo que le berreaba al oído la serenata de Mefistófeles.

Creyó que todo el mundo se había ido detrás de la Princesa, y que la Corte se había hecho raptar para agradarle, imitando su gracioso precedente.

Sin embargo, en el ángulo de una ventana una lavandera se halló aprisionada.

El Rey quiso preguntarle :

— ¿Es cierto?

Su garganta no articuló sonido alguno. Además, la actitud azorada de la mujer le mostraba la candidez de tan vana pregunta.

Prosiguió Pausole su marcha por las piezas de palacio.

Atravesó quince salones; en todos ellos conservaban las butacas posiciones familiares. Ninguna de ellas estaba ocupada.

Pasó á la sala de los retratos y se detuvo ante el que todavía recordaba algo á su memoria confusa la muy flexible Reina Cristiana, madre de la Princesa Alina.

Se encaró con ella :

— ¡Desdichada! ¿Esa es pues tu sangre, tu raza?

Pero la Reina Cristiana, á quien el pintor había representado bajo la figura de Dánae, siguió sonriendo y abriendo las rodillas sin que un asomo de vergüenza turbara su blanquísima frente.



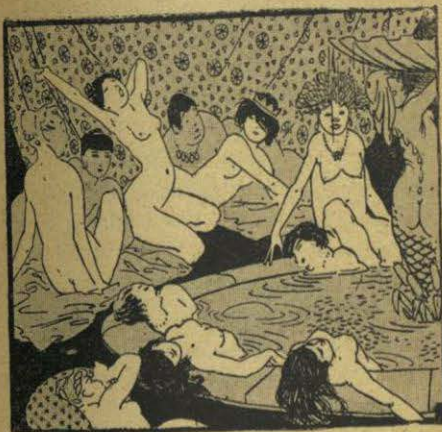
Entonces el rey penetra en el harén silencioso.

Era la hora de la siesta.

La inmensa sala respiraba con el aliento de trescientos ensueños.

Todas las mujeres yacían aún en donde las había vencido el sueño. Cubrían esterillas de junco fresco, formaban adornos sobre las telas, llenaban con su grupa

hamacas de anchas mallas. No podía Pausole andar, ni sentarse, ni levantar la cabeza sin tropezar con alguna mujer dormida y desnuda. Sólo en un diván había quince. Una red colgada reunía á dos de ellas, apretándolas una contra



otra. Las que tenían demasiado calor se habían acostado sobre la pila plana, y, descansando la cabeza sobre el borde de mármol, alargaban sus piernas bajo el agua hasta la Sirena central, pistilo del tulipán abierto que formaban sus cuerpos colocados á modo de radios.

En medio de aquel vasto silencio, Pau-

sole, poco á poco, se apaciguó. La paz, como el trastorno, es contagiosa. La calma y la suave luz del harén se extendieron sobre sus pensamientos.

Echó una mirada sobre su ropa, vió que estaba en deplorable estado, y ya su espíritu se hallaba lo bastante libre para aconsejarle que se pusiera otra.

Lo cual hizo. Aunque no sin trabajo.

Pues la lavandera había ido contando por todo el palacio que el Rey había regresado sin corona, sin voz, sin juicio; que á punto había estado de estrangularla, y que, de resultas, se había sentido indispueta dos días antes que de costumbre.

Así es que, el primer ayuda de cámara que se presentó en la abertura de un cortinón mal cerrado, para contestar á la llamada del Rey, acudió tanto por curiosidad como por desprecio de la muerte; pero á punto estuvo de desmayarse de sorpresa cuando oyó á Pausole pedirle, con su afectuosa voz de costumbre, « su bata turca y la caja de los pitillos ».

Para que tan pronto se serenara, menester había sido que el soberano de Trifema reflexionase.

No bastaba, en efecto, declarar que perseguirían á la blanca Alina. Y, aun

esto, constituía una decisión que no era posible tomar á la ligera. Caso de admitir que se acudiera á tal extremo, ¿ cómo componer el programa de tan delicada investigación?

¿ Á quién encargar su ejecución?

Y — suponiendo resueltas estas dificultades — ¿ qué instrucciones dar al parlamentario si, alternativa fácil de prever, si la Princesa se negara á atender á las instancias, á las súplicas, y hasta á órdenes perentorias que sin duda tendría que transmitirle, aunque dichas con el debido respeto?

De toda evidencia resultaba que tamaños problemas no podían ser resueltos en cinco minutos.

Además, no había prisa.

¿ Para qué atropellar las cosas?

Todo hacía creer que, para proteger á la blanca Alina contra el peligro más deplorable que pudiera haberle ocurrido, ya era demasiado tarde.

Mas, para traerla de nuevo á Palacio, siempre sería demasiado pronto.

Puesto que en nada podía modificarse el hecho cumplido, puesto que era patente, escandaloso, de todos conocido, preferible era no ocuparse sino de las

consecuencias y buscar el remedio con calma y serenidad.

Habiendo así decidido no decidir nada en el acto, Pausole tomó un baño, fumó dos cigarrillos, y comió algunos bizcochos empapados en porto rancio.

No obstante, una imagen le obsesionaba. Decíase que en el instante preciso en que se concedía él en su cuarto aquellos momentos de reposo y de reflexión, su hija efectuaba sin duda el acto más importante de su primera adolescencia. Á pesar suyo la veía en una actitud harto fácil de imaginar, y todas las fases de la escena conocida se reproducían en su pensamiento con la verosimilitud más desagradable.

Molestábale particularmente no saber quién era el segundo de los dos personajes que desempeñaban un papel en la aventura. ¡Turbaban su vida; causaban un perjuicio capital á su tranquilidad de espíritu, y ni siquiera sabía contra quién echar pestes! Semejante acontecimiento no debiera haberse producido sin que antes le pidieran consejo; cuando menos eso. Á todo ramo de educación conviene un profesor especial cuyas aptitud y com-

petencia no pueden, casi nunca, ser apreciadas por el discípulo mismo. No comprendía Pausole cómo, el día en que comenzaba su hija su ilustración en materia tan clásica, había tomado un iniciador escogido por ella, descuidando toda investigación sobre la cuestión de saber si era apto para darle lecciones.

Indudablemente, constituía esto una falta.

Mas, ya, no podía ser reparada.

Por consiguiente, preciso era aceptarla con ánimo sereno.

Criticar lo irremediable es gana de perder tiempo. Recordó el Rey esta máxima así como otras muchas igualmente fecundas en consuelos.

Perder tiempo... — « pausolearse », como solía decir él mismo, — de buena gana consintiera, en ello otro día; más-aquella tarde, sus elucubraciones le parecieron necias.

Volvió al harén.

V

DEL CONSEJO QUE CELEBRÓ EL REY CON
LAS MUJERES DE SU HARÉN Y DE LA
ELECCIÓN QUE SUPO HACER ENTRE
VARIOS PARECERES.

¿ Por qué están tan conten-
tas las mujeres cuando se les
dice que las demás son tan
poco virtuosas como ellas? —
Porque así resulta menguada
su culpa.

*Preguntas varias y sus con-
testaciones. — 1617.*

Mientras Pausole meditaba de esta manera, las cuatro habían dado en todos los relojes, y, antes de que el último golpe se extinguiera en el espacio, Taxis, con una campanilla en la mano, recorría ya la espaciosa sala con paso metódico y resuelto.

Todas las mujeres se despertaron de mala gana. La mayoría, volviéndose del otro lado después de arrojar un suspiro que traducía su disgusto, trataban de reanudar el interrumpido ensueño, pero sin esperanza de que les concediesen aquel favor.

— Señoras, dijo el Eunuco Mayor, es hora de despertar. Ya no tienen derecho á dormir. ¡ Arriba! ¡ Arriba!

— ¡ Que te calles! exclamaron algunas.

— De nada sirve luchar contra el reglamento, dijo Taxis. La Escritura nos enseña: « Tiempo hay para todo bajo la bóveda celeste: tiempo para nacer y tiempo para morir; tiempo para matar y tiempo para curar; tiempo para derribar y tiempo para edificar (1). » Tiempo hay para soñar y tiempo para vivir: ¡ arriba!

De repente se detuvo ante un ángulo ocupado por varios cuerpos de formas alargadas y cuya actitud revelaba lasitud.

— ¡ Ah! exclamó impacientado, aquí reina un escandaloso desorden. Desde esta noche misma asignaré á cada una de Vuestras Majestades un sitio riguroso é invariable del que no podrá salir para la hora de la siesta.

Hubo un ruidoso murmullo, en seguida acallado por una mirada cargada de amenazas:

— ¡ Silencio! gritó Taxis. Mis palabras están inspiradas primeramente por consideraciones de higiene, de policía y de

1. *Eclesiastés*, III, 1-3.

30488

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

decencia; pero, aun sin esto, lo estarían por la sabiduría misma, pues está escrito: « Vivirás según las leyes y las ordenanzas (1). » Lo elegido por el capricho es execrable; lo concebido por la autoridad es atinado. Así debe expresarse una voz sana, estricta y recta.

— Usted dispense, señor mío, dijo una joven todavía doncella, ¿ por qué no dejarnos escoger? Yo, prefiero dormir sobre una estera, y, mi hermana, sobre una alfombra. Si nos manda usted lo contrario, á nadie aprovechará, y quedaremos disgustadas.

— No importa. Ignoran ustedes qué cosa les conviene. En cambio, la autoridad lo sabe y se lo proporciona á ustedes sin que lo sepan, y aun en contra de vuestra voluntad: en eso consiste su papel.

— ¿ Y cuando nadie le pide nada?

— Aun entonces, ejércese la autoridad. No se atiene, ésta, á miramientos de ninguna clase; sólo ella discute su derecho, limita su poder y decide su acción.

— ¿ En nombre de quién?

— En nombre de los principios.

1. Levítico, XVIII, 5.

Y, atajando la disputa, se dirigió rápidamente hacia la hamaca en donde quedaban acostadas las dos emperezadas amigas.

— Veo, dijo, por este ejemplo, que urge legiferar, puesto que de nada sirven mis consejos. ¿ No les he dicho á usted?



cuán incorrecta y perniciosa resulta semejante actitud? Para nada tienen ustedes en cuenta mi parecer. Muy bien: también esto lo he de reglamentar.

Pero una de las interpeladas dejó caer blandamente un brazo fuera de la hamaca, la cual se inclinó, y, como era judía, supo contestarle:

— Señor mío, está escrito: « Si dos duermen juntos, tendrán calor. Pero,

una persona sola, ¿cómo podrá calentarse (1)? »

— Señora, dijo Taxis ofuscado, puesto que tan cumplidamente conoce usted el Antiguo Testamento, mejor sería que escogiese usted textos de sentido más claro y...

— ¡Pues sí es clarísimo!

— ... Y que se presten menos á la controversia. Allí donde sólo una frase concreta y brutal ve usted, el exégeta ve un sentido místico cuya elevación está muy por encima de los alcances de usted. Pero dejemos esto. Ya les había recomendado que no durmieran por parejas, á fin de evitarles toda ocasión de caer en demencias que no puedo prohibirles por orden del Rey, pero que, sin embargo, yo, por mi propia autoridad, declaro abominables.

— El Pentateuco no prohíbe tal cosa.

— Porque no han osado prever tan profunda aberración.

— Muchas más singulares han sido previstas... Todas, todas han sido previstas, menos esa. Déjeme usted creer que estaba permitida.

— No existía.

1. *Eclesiastés*, IV, 11.

— ¿Cómo, qué dice usted, que no existía?... ¡De veras, querido señor, es usted inimitable!

En medio de las risotadas, iba Taxis á replicar, cuando otra infracción, en otro grupo, le hizo brincar de rabia.

— ¿Caramelos? dijo. ¿Comen ustedes caramelos á esta hora? ¡Caramelos á las cuatro y diez! La merienda no comienza hasta las cinco : pueden ustedes leerlo, en letras de molde, en el Empleo del Tiempo. Prohibición absoluta de comer chucherías, ni nada, entre comidas. Tengo el sentimiento de manifestar á Vuestra Majestad que, por espacio de cuatro días á partir de mañana, quedará privada de paseo en el parque.

Acudió presuroso á otro sitio.

— Idéntico castigo para usted, Señora, por haber tomado un libro. La lectura no está permitida sino á las cinco y media. De cuatro á cinco, despertar, aseo y conversación : debería usted saberlo.

La joven Reina así castigada no aguantó en silencio aquella decisión. Usando de la licencia que el Rey dejaba á sus mujeres tocante á modales y palabras, se acercó sonriente :

— No tema usted nada, dijo, no he de

decirle qué juicio me merece su persona, pues me pondría en el caso de ser castigada de nuevo; pero sé hasta qué punto ama usted el pudor; por eso mismo voy á faltar á él, impunemente, en presencia de usted, Señor Eunuco Mayor, apelando á recursos siempre nuevos de mi corta imaginación.

— Señora...

— Prepárese. Me he dignado avisarle.

Y, poniendo en práctica lo anunciado, acentuó la pantomima con palabras tan líricamente sensuales, que Taxis, desatentado, erizado, retrocedió, lleno de horror, hasta la pared...

— Señora... por piedad...

— Muy lindo es cuanto acabo de decir. ¿Por qué lo toma usted de esa manera?

— ¿No se da usted cuenta, desgraciada criatura, de que está usted condenando al infierno su alma eterna?

— No me doy cuenta de tal cosa; y, vea usted, continúo.

Pero Taxis, desarmado contra tan intrépida y serena lujuria cuya llama enardecía, á cada palabra, las demás almas allí presentes, no pudo seguir aguantando aquel espectáculo: huyó ante tamaño escándalo.

Una aclamación saludó su eclipse: en el mismo momento aparecía Pausole, y, creyendo ser la causa de tan afectuosa algazara, el buen Rey se inclinó, colmado de dicha.

La misma sombra cálida llenaba todavía la vasta sala ahora ruidosa, pero la luz baja del sol poniente introducía en ella nubes de púrpura transparente y largos rayos de cobre en donde se movían polvorientos átomos. Las mujeres resultaban vestidas de gasa de oro. Algunas, en pie, tenían la frente en la obscuridad. Otras, acostadas sobre esteras, parecían pintadas, de pies á cabeza, como esmaltes bajo llamas.

No se detuvo Pausole en contemplaciones que no autorizaban las circunstancias.

Se tendió sobre un diván, y las siete Reinas que estaban de semana le rodearon en seguida, demostrándole una agitada simpatía no exenta de charla.

— ¿Y, qué?

— ¿De veras?

— ¡Qué noticia!

— ¡Quién lo dijera!

— ¡ Parece imposible!

— ¿ Y qué ha ocurrido?

— Nada sabemos.

— Pero, ¿ es cosa segura?

— ¿ Se dice con quién?

— ¿ Seguí su pista?

— ¿ Dónde se han escondido?

El Rey se encogió de hombros.

— Tan adelantado estoy como ustedes.

— Pero, ¿ qué se ha decidido?

— Nada puede decidirse hoy; sería absurdo.

— ¿ Por qué?

— Porque los planes no madurados determinan tremendas catástrofes.

— Pero el tiempo pasa y la Princesa huye.

— Tonterías. No saldrá de Trifema, ténganlo por seguro. Si me resuelvo á hacerla buscar, á acosarla (perspectiva que me es odiosa), podrá esto hacerse mañana. Á la vista salta tamaña verdad.

— ¿ Entonces?

— Pues nada, que vengo en busca de consejos vuestros. No sé si los seguiré. Acaso alguna de vosotras pueda descubrir el artificio que necesito.

Las mujeres se precipitaron.

— ¡ Yo, yo!... dijo una.

— Yo... interrumpió la segunda.

Pero, sin darles tiempo á hablar, la Reina Dionisia deslizó, con su vocecita persuasiva :

— Señor, deberíais escribirle á San Antonio, única manera de recobrar lo perdido.

Las demás mujeres manifestaron duda; pero Dionisia, muy colorada, se obstinó :

— Lo digo y lo repito.

Y refirió con detalles una anécdota personal que, por cierto, era perentoria.

Durante aquel relato, Pausole miraba con insistencia á una Reina muy joven, del todo pura aún, que nada había dicho hasta entonces.

La interrogó con sutil astucia.

— ¿ Dónde estarías tú, á estas fechas, si semejante aventura me hubiera privado de ti? ¿ Qué medio tomaras para huir, y qué camino? ¿ Te alejarías á toda prisa de estos sitios, ó bien te quedarías cerca, para despistar las sospechas? Dime todo eso, Guisela; y medita bien tu respuesta, pues la cosa es interesante.

Muy extrañada, Guisela no contestó.

— Ya comprendo, dijo él sonriéndose : no quieres que se sepan tus astucias...

— ¡ Oh, exclamó la mujer, resentida

por el reproche, nunca tendré que acudir á tales medios! Si he vacilado, es porque no puede casi contestarse á semejante pregunta. Conducimos á los hombres hasta nuestros brazos; pero, luego, ellos son los que nos llevan adonde quieren. Esto lo he leído en novelas, Señor, pues yo, ninguna experiencia tengo. Sin embargo, aunque ignorante, entiendo que es natural que así suceda. He dejado á mi padre y á mi madre para venir adonde me veis, y os seguiría á otra parte, si se os antojase. Tened por seguro que la Princesa tiene más confianza que presunción. Vos que conocéis á los hombres mejor que yo, buscad qué ha podido hacer su amante: este es el mejor medio de saber dónde está la Princesa.

— Más tarde, dijo el Rey. Es inútil que me tome yo un trabajo que otros, en torno mío, pueden muy dignamente tomarse. Cuando se presenta un caso difícil y que requiere meditaciones, no acudimos á las necesarias vulgaridades sino después de un trabajo considerable. Este primer esfuerzo de imaginación lo dejo á otros. Dentro de algunos días, la cuestión resultará lisa y llana sin que me haya cos-

tado ni un simple fruncimiento de cejas. Entonces veré si urge que yo también reflexione; pero lo más probable es que me contente con elegir entre los pareceres más atinados, á menos que aun esta tarea me parezca harto delicada.

— En ese caso, ¿qué sucederá?

— Ya veremos. Por hoy, á vosotras toca pensar por mí. Tengo impaciencia por oiros.

— ¿Puedo hablar? preguntó la Reina Francisca?

— Tal deseo, repitió Pausole.

— Pues bien, en un raptó, el primer día es el de las imprudencias, y, el segundo, el de las malicias. La Princesa está á dos pasos de aquí; lo sé como si la viera. El joven imbécil que la acompaña se cree ocultado por una breña ó por las cortinas de su cama. La ha llevado al sitio más cercano; esto es evidente y no cabe duda posible. Mañana, se dará cuenta de que ha hecho una tontería. Y, pasado mañana, tantas precauciones habrá tomado, que no le será posible á toda la policía del reino dar con su persona. Hoy, es cuando es menester obrar, y en seguida, sin pérdida de una hora. ¿No comprendéis, Señor, la necesidad de tal premura?

— Bien, contestó el Rey á modo de gracias. Acabo de oír una primera vulgaridad. Contentísimo estoy de que haya sido dicha, pues no tendré ya que ocuparme de ella. Por cierto que no me gusta nada el consejo; pero tiene usted, Francisca, una piel tan delicadamente matizada en torno de la cintura, y tan fina entre los senos, que quiero darle á usted la razón, siquiera por espacio de cinco minutos.

— Os burláis de mí.

— Es usted la única en pensarlo.

— Señor, dijo la Reina Diana, también yo querría decir algo.

Diana, á quien llamaban en el harén Diana la Copetuda, para distinguirla por sus atributos entre varias otras tocayas, Diana la Copetuda temblaba un poco. Ella era á quien correspondía, envidiada por trescientas sesenta y cinco rivales, compartir el lecho real. Decíase, sabíase, resultaba claro, en fin, que el año de esperanzas y de recuerdos cuyo término veía ella tan cercano, había durado más días que su resignación. Estaba, pues, emocionada, y balbució empurpurada:

— Señor, os engañan. El primer día de un raptó es el de todos los misterios, y

el segundo el de los olvidos. El desconocido que aconseja á la Princesa Alina ha podido hacerle abandonar el palacio real sin despertar la atención de nadie. Tenía un plan muy hábil y que ha sido muy bien ejecutado. Tened por seguro que todavía se atiene á él. En este momento debe de estar pensando que todo el mundo está ocupado en buscarle: cuidará de no dejarse coger; y si se resguarda detrás de una breña es porque esa breña es el último sitio en donde se le ocurrirá á alguien buscarlo... Pero tendrá que salir de ella... Acechad su paso. Cuanto más le demostréis, de aquí á entonces, que ha tomado sobradas precauciones, más imprudencias cometerá él después. Sólo de vuestra reserva depende su captura. Si nadie le da caza, al cabo de ocho días lo veréis andando tranquilamente por las carrateras ó sentado en un palco en la Ópera. Así, pues, no sólo podéis esperarle, sino que es muy importante que no os mováis esta noche.

— Me declaro satisfechísimo, contestó el Rey. Este parecer es tan vulgar, tan sabio, tan necesario como el primero. Además, como lo contradice exactamente, tienen igual peso, y no se siente

cargado mi espíritu por ninguno de ellos.

Al cabo de un corto silencio, concluyó de esta manera :

— Con libertad exquisita y limpia de toda inquietud, adoptaré tu parecer, Diana ta Copetuda. Repítemelo, porque me gusta. Así pues, querido palmito, me afirmas...

— Que lo mejor es no hacer nada, y que podéis acostaros.

Pausole aprobó con la mano.

La hermosa Diana suspiró, y, completando su consejo, su frase, su pensamiento, añadió, sonriente :

— Conmigo.



VI

CÓMO DIANA LA COPETUDA Y EL REY PAUSOLE VIERON ENTRAR Á ALGUIEN Á QUIEN NO ESPERABAN.

Su sola desnudez descubre su riqueza;
Cuanto más se ve de su cuerpo, más belleza
[se ve:]
Su pompa está toda en ella, y, cual una diosa,
Debe su esplendor á su propio brillo.

MALLEVILLE. — 1634.

Diana la Copetuda, guardada por una criada, estaba copiando un Baco de Velázquez en el salón cuadrado del museo Pausole, cuando el Rey, estimando la perfección de su gusto, y presintiendo la de sus formas, le pidió, no sin los debidos miramientos, todos los favores que podía ella conceder.

La joven aceptó en el acto. Su criada misma consultada por ella, no vió en ello inconveniente alguno. Únicamente los padres, de buena gana conservaran á su hija en su casa, pero sabían en nombre de qué principio sagrado quería Pausole proteger las libertades individuales, y ni

quiera intentaron manifestar en público su inexcusable egoísmo.

Introducida en una de las cámaras que precedían al harén, Diana tiró sobre la



silla cama, con marcada satisfacción, la ropa que le habían impuesto durante sus años de servidumbre familiar.

Y Pausole, en pie, observaba las sucesivas revelaciones de un cuerpo trigüeño, firme y lleno de vida, á medida que se quitaba la joven la camiseta, la falda

monástica, el disforme pantalón blanco.

Era más hermosa que bonita; su adolescencia valía una madurez. Un torso redondo, hombros rectos, senos llenísimos cual sandías, piernas largas y carnosas se vieron pronto libres de múltiples prendas importunas. Toda su piel apareció, muy morena, llena y fértil, con fino vello hasta en los hoyuelos de los riñones y en la redondez de los muslos, en tanto que la negra cabellera, libre de los dientes de concha que la sujetaban, combaba sobre la espalda las plumas de su ala.

Cuando presentaron á las demás mujeres del harén aquella belleza... sombreada, les pareció que era un motivo de risa, y lo único que supieron fué imponerle un mote burlón. Las mujeres tienen teorías muy particulares sobre la estética de sus rivales. Diana la Copetuda no se enfadó. Tenía buen carácter. Además, su primera conversación con el Rey la había puesto, de la noche á la mañana, de un humor que la inclinaba á parecerle delicioso todo el palacio.

Mas, ¡ay! sobrado tiempo tuvo para cambiar de parecer durante los doce

meses que siguieron á aquella única entrevista. En vano le expuso Pausole que, si no la recibía de nuevo en su lecho, si la obligaba á someterse á la regla común, era porque temía enamorarse de ella, catástrofe que habría comprometido á la vez su tranquilidad de alma y los intereses del Estado. Diana no comprendía semejante razonamiento. Tampoco compartía la indiferencia de sus compañeras, quienes consideraban la ceremonia anual como una excelente ocasión para conseguir sedas de Manila y zapatillas de París. Diana la Copetuda, al igual de San Agustín en tiempo de su fogosa juventud, amaba amar, y no buscaba otra cosa. Privada del Rey, ni siquiera quiso aprender las variadas y tradicionales distracciones de que las demás Reinas le daban ejemplo á cada momento, declarándolas suficientes ó incomparables, según el temperamento de cada cual.

La pobre muchacha vivió un año en cruel espera. Año de lágrimas y de pensamiento. El último día estuvo á punto de ser, ya lo adivina el lector, el más triste. Por haber desaparecido, por la mañana, la Princesa Real, Diana, por espacio de algunas horas, vió, desespe-

rada, al Rey en persona salir en busca de su hija...

— ¡Ah Señor! exclamó la joven no bien entró con Pausole en el dormitorio, no miréis mis ojos : ¡ he llorado tanto desde esta mañana!

— Copetuda, estás deliciosa, contestó el Rey. En efectó, tus párpados se hinchan y tus ojos están húmedos aún; pero eso da á tus miradas la expresión de la Voluptuosidad misma. Tus ojos, mi Copetuda, brillan como si el placer te rindiera y que estuvieses á punto de desmayarte. No me desengañes : dentro de un rato podré creer que yo soy quien habré producido ese tierno mirar.

Diana inclinó la cabeza, y, sin quererlo, sonrió.

La claridad de la noche entraba en el cuarto oscuro por un amplió hueco abierto sobre un terrado. Bajo el transparente recogido, por entre las puertas pegadas contra la pared, Trifema azul y blanca aparecía blandamente. — Véase una campiña ondulosa sembrada de bosques y de casas de tejado plano, con una carretera plantada de árboles, camino que hubiese tomado el Rey para ir á su

capital, de no tener cien razones (y aun trescientas sesenta y seis) para no salir de su palacio. Una enorme higuera hacía recaer como un tapiz, por encima de la balaustrada, sus ramas ocultas por las hojas planas y por sus frutos salpicados de polvos de color lila. Hacia la izquierda, el parque formaba una masa, con sus magnolias ya sin flor, sus eucaliptos temblones, sus cortas palmeras del Japón, sus magníficos sagotales lunarios. Un cerco de áloe orlaba el jardín sombrío, y la llanura se extendía hasta el horizonte estrellado.

— ¡Qué parecida es esta noche á la de mi boda! murmuró Diana. No ha habido otra hermosa noche desde hace un año. Ésta es en todo hermana de la primera. ¿Verdad que hay noches extrañas en que el paisaje que nos mira parece contener cuanta dicha querríamos encerrar en nosotros?

Pausole no contestó.

— Han llamado, repuso la Reina.

— Debe de ser para la comida, dijo Pausole. Hace mucha hambre.

Y gritó :

— ¡ Adelante, adelante !

Mas, en vez del Coperó Mayor, asomó, entre los cortinones, la antipática fisonomía del Eunuco mayor.

— ¿ Qué ocurre? dijo el Rey con marcado disgusto. Para nada le necesito á usted ahora, Taxis, estoy ocupado.

— Váyase usted, añadió la hermoca Diana; está usted demás aquí.

— Es la hora de mi comida, continuó Pausole. El único papel que quiero leer es la lista de los platos.

— ¿ Trae usted esa lista? repitió Diana la Copetuda. ¿ No? Pues entonces, larguese de aquí.

— Amigo mío, repuso el Rey, si se mete usted en desempeñar cargos reservados á otros oficiales de Palacio, corremos á la anarquía. Vaya usted á decirle al Coperó Mayor que, también esta noche, le pido tenga á bien escoger en mi nombre el vino que he de preferir. Tengo sobradas cavilaciones para decidir nada acerca de eso, y, con mayor motivo, para escucharle á usted. Ande.

— ¿ Todavía está usted ahí? gritó Diana, irridadísima.

Mas como Taxis, respetuoso pero testarudo, no se apresuraba á obedecer, Diana lo cogió por los hombros y le dijo

en su cara, con la mayor seriedad :

— ¡Feísimo parpalote (1)! ¡ Si obtiene usted de la bondad del Rey permiso para hablar aquí, le obligaré á usted á marcharse antes de haber pronunciado una sola palabra; si no por la violencia, por medios que usted conoce bien!

El Rey alzó los brazos, y exclamó :

— ¡ Un conflicto! Copetuda, estate quieta. Taxis va á marcharse. Es hombre de buen sentido. Ya debe de haber comprendido que no deseamos escucharle en este momento.

Taxis sonrió; su sonrisa, que comenzó por ser melosa, terminó en ademán de hombre que las echa de importante.

— En efecto, dijo. Y si la voz inflexible de mi conciencia, si la única preocupación de un deber á menudo ingrato, si la pasión de la verdad no me llamaran adonde estoy, creed, Señor, que ya habría obedecido al deseo que me expresa Vuestra Majestad. Pero mi cometido supera á mi interés personal, y, á trueque de padecer, hasta el fin cumpliré con mi deber. No usurpo, como ha poco Vuestra

1. Parpaloté (*parpaillot* en francés), nombrado á los calvinistas en algunos puntos de Francia. (N. del T.).

Majestad me lo ha cruelmente reprochado, no usurpo las atribuciones de mis colegas. Soy mayordomo mayor de Palacio, y, como tal, érame preciso ocuparme del grave incidente que se ha producido esta mañana en la planta baja del pabellón sur. No ha caído en falta mi iniciativa : he mandado que busquen á la Princesa Alina.

— ¡ Ay! exclamó la Reina Diana.

Pero, en seguida dueña de sí misma, y puesta en pie, interpeló :

— ¿ Quién se lo ha mandado á usted?

— El Rey me ha confiado la misión sagrada de prevenir, de suspender, de reprimir, en caso de necesidad, la turbulencia y los excesos en el recinto de la regia morada.

— ¡ Ah, de prevenir!... Pues me parece que no ha « prevenido » usted, puesto que un extraño ha podido introducirse aquí como en su casa... Tampoco ha « suspendido » usted, puesto que, en las propias barbas de usted, la Princesa se ha marchado sin que nadie, por espacio de seis horas, se enterara del suceso. ¿ Y ahora quiere usted « reprimir »? El Rey se lo prohíbe á usted, Señor Eunuco Mayor

— Su Majestad...

— El Rey desaprueba. Y no hay más. Y basta. Vuelva usted los talones. El Rey acaba de tomar una decisión admirable, y no ha de anularla para escuchar las tonterías que está usted diciendo. Conviene no dar paso alguno durante un día, cuando menos; no se le dirá á usted el por qué, pero tal es la orden. ¡ Máchese! Mande á su gente que regrese. Guardé silencio sobre el acontecimiento, y desaparezca hasta mañana por la noche. ¿ Me ha oído usted?

Taxis tendió, retemblando, los tres papeles que tenía en la mano.

— Pero, Señor, he aquí los informes. Ha sido descubierto el sobornador. La Princesa no se ha apartado de él. Sin que ambos lo sospechen, emisarios míos los vigilan. Sólo una palabra vuestra espero para obrar.

— Caballero, contestó Pausole, no acostumbro lanzarme á tontas y á locas en un asunto cualquiera. No me gustan las aventuras, y mi voluntad es no tener ninguna. Habla usted y decide con funesta precipitación. No hay prudencia ni método en tal petulancia, y no sé en qué se fundaba la estima en que le tenía á

usted Taxis, está usted malo de la cabeza. Haga cesar la vigilancia que con tanta ligereza ha organizado ante el retiro en donde duerme mi hija. Y basta por esta noche. He dicho. Tenga usted á bien retirarse.

Taxis dió dos pasos atrás, designó el techo con dedo huesudo, y dijo :

— ¡ El Eterno apreciará!

Dicho esto, saludó secamente y desapareció.

Diana, quedada sola con el Rey, aprovechó la ocasión.

— ¡ Ah Señor! ¿ cuándo nos libraréis de ese odioso personaje? Es nuestro verdugo; no podéis saber qué cosas inventa para exasperarnos. Todo lo reglamenta, todo lo distribuye, administra hasta nuestros pensamientos. No podemos dormir, ni bailar, ni correr por el parque, ni leer novelas, ni comer dulces sino á las horas fijadas por su manía. El menor olvido es castigado con celda. Basta con un simple retraso. ¡ Nos está matando!... Sólo de un medio disponemos para hacerlo huir: el que hace un rato quería yo emplear; y, aun así, de no haberle vos prohibido que nos sermoneara con la decencia, nos castigaría terriblemente por eso, pues

nada le enfurece tanto como los espectáculos que, forzosamente, tiene que presenciar. Pero ese medio me repugna, y no siempre me gusta verlo emplear por otras. Por cierto que, ¡vaya una peregrina idea la de haber puesto á un pastor protestante á la cabeza de un harén tan desnudo! Mas, puesto que así lo habéis querido, muy bien está, y os dirijo preguntas, Señor, sin resolverlas. ¿Por qué no darnos eunucos de verdad, como es costumbre en Oriente? En más de una ocasión los echan de menos mis compañeras, y dicen que esos pobres seres pueden, ellos también, dar á las mujeres un placer completo no compartido por ellos y que no debe despertar celos de nadie. Yo, jamás pienso en tales cosas; no tengo más alegría que la de vuestro recuerdo, pero quisiera que nadie turbara mis ensimismamientos y que tantas veces al día no se irguiera, entre ese dulce recuerdo y yo, la feísima cara, inspiradora de odio, de tan insoportable personaje.

— Amiguita, dijo Pausole, Taxis tiene su lado bueno.

VII

EL CUAL HA SIDO ACORTADO, DEBIDO Á LAS LEYES VIGENTES.

Si puede una recobrar la virginidad después de haber pasado diecinueve años sin acostarse con su marido, desde luego soy de nuevo virgen.

DUQUESA DE ORLEANS. —
Carta á la duquesa de Hannover, 2 de septiembre de 1696.

No he de describir la comida que siguió.

Me han dicho, en efecto, que las leyes de nuestro país permiten á los novelistas proponer como ejemplo todos los crímenes de sus personajes, mas no el detalle de sus voluptuosidades, de tal manera el degüello es, para la mente del legislador, pecado más perdonable que el placer.

Y como no recuerdo bien cuáles voluptuosidades son las que hemos de desterrar de nuestras obras, si las de la cama ó las de la mesa; como, por otra parte, me es imposible, después de consultar á